

El Buda y su conquista: Una hermosa Trayectoria.

Todos los seres humanos son capaces de evolucionar hasta convertirse en Budas. Sin embargo fue un hombre a solas quien abrió el camino para que el resto de la humanidad pudiera seguirlo. Para ser más precisos, debemos decir que el camino fue reabierto, ya que, de forma tradicional, se dice que ya habían existido otros Budas, es decir, muchos otros pioneros en el sendero que conduce a la "evolución superior". Cuando hablamos del Buda nos referimos a Sidarta Gautama, quien descubrió el sendero una noche de luna llena del mes lunar de abril-mayo en el año 542 antes de la era común (AEC). Él solía explicar su hallazgo de la siguiente manera: "Imaginen a un hombre que al andar por unos bosques salvajes encuentra un camino muy antiguo, un sendero muy viejo por el que han viajado muchas personas en la antigüedad y entonces él decide seguirlo. Al seguirlo descubre una ciudad ancestral, una antigua capital real donde vivió mucha gente, con parques, arboledas y lagos; la ciudad se encuentra cercada pero su hermosura es evidente... Del mismo modo he encontrado un antiguo sendero a través del que han viajado los seres iluminados de antaño."

Para conmemorar este importante descubrimiento hay un día muy especial de celebración en el calendario de Vaishakha Purnima, que es el día de luna llena del mes hindú Vaishakha. En pali Vaishakha es Vesakha, que en sinhalés se traduce como "Wesak" y éste es el nombre que recibe el festival budista más importante. En Wesak los budistas celebran lo que consideran el mayor evento de la historia, la ocasión en que un ser alcanzó la Iluminación por primera vez. Conmemoran el día en que Sidarta Gautama finalmente logró liberarse de todos sus condicionamientos y de todas sus limitaciones humanas, para ponerse a la par con la Realidad, transformándose en la personificación viva de la Verdad, convirtiéndose en un Buda.

Puede resultar sorprendente, por lo tanto, que en ocasiones haya cierta confusión sobre lo que se celebra en Wesak. Todas las veces que me invitaron a participar en una celebración de Wesak en la India, ya fuese como conferenciante o con cualquier otra función, se me pedía que honrase con mi presencia -muestra del estilo de cortesía hindú en estas cuestiones- el "día triplemente sagrado". ¿A qué se referían con "triplemente"? Existe una razón para tal designación. Según algunas fuentes, el Vaishakha Purnima no es el aniversario de un único evento sino de tres: el nacimiento del Buda, su Iluminación y su deceso o parinirvana. Se supone que todos estos eventos ocurrieron el mismo día, en años diferentes, por supuesto; pero por una coincidencia extraordinaria en el mismo día de luna llena. Tenemos que añadir que esta tradición del "triplemente sagrado" Vaishakha Purnima, forma parte de una tradición algo más reciente que se originó en Sri Lanka y que se extendió a otros países theravada. En el resto del mundo budista, es decir, en los países budistas mahayana, las celebraciones del nacimiento del Buda y de su parinirvana se realizan en días diferentes. Esto es ciertamente lo más tradicional y lo más lógico.

Al tener ideas diferentes de lo que se celebra en Wesak además de la Iluminación del Buda, los budistas de diversas partes del mundo han establecido sus propias tradiciones nacionales para señalar el evento. En Sri Lanka y Birmania la gente enciende velas y las ofrece como veneración a la memoria del Buda. En el Tíbet lo que encienden son lámparas de mantequilla, haciendo hincapié en que debe ser un determinado número de lámparas -ciento ocho o mil ocho-. En muchos países budistas la gente canta y recita versos en honor del Buda, en ocasiones durante horas, e incluso todo el día y toda la noche. En otros lugares se organizan conferencias y discusiones, y, claro está, que alguna gente lo celebra meditando. A un nivel social se festeja dando de comer a los monjes; en algunos países budistas ésta es una

tradición popular que se lleva a cabo en ocasiones festivas. Lo que hacen es juntar al mayor número de monjes posible, que se sientan en el suelo formando filas, y entonces pasan los feligreses ofreciéndoles comida. En un sentido tradicional, se supone que los monjes cuentan con un gran apetito. En algunos círculos budistas se cree que el mérito que se gana por alimentar a un monje está directamente relacionado con la cantidad de comida que éste ingiere. Dentro de este contexto, la hospitalidad ni se escatima ni se rechaza. Los budistas de Occidente siguen el ejemplo de las antiguas celebraciones tradicionales de Wesak, aunque todavía hay muchos que se encuentran desarrollando su propio estilo, dependiendo de su cultura y de su contexto.

Sin importar de qué forma se celebre Wesak, los budistas se encuentran unidos por su propósito central, es decir, comparten la alegría de que ha surgido un Buda en el mundo. Así continúan una tradición que data de mucho tiempo atrás, sólo teniendo que mirar los ejemplos de los grabados en piedra más antiguos de la India budista para darnos cuenta de esta evidencia. Una muestra notable de esto es la composición que coloca al Buda, de forma simbólica, en un trono rodeado de monjes, monjas y personas laicas; todos con las manos unidas sobre la cabeza ofrendando guirnaldas, fruta, pañuelos de seda y todo tipo de cosas. Lo que es realmente notable en la escena es la expresión de gozo absoluto de todas estas figuras y la forma tan alegre en que hacen sus ofrendas al Buda. Esta representación nos transmite la impresión de que se trata de una celebración excelsa y espectacular, a causa de un evento muy emocionante y que tiene una importancia cósmica. No sería una exageración decir que, a través de su obra, el artista nos hace pensar que los que realizan las ofrendas están locos de alegría -si acaso cabe pensar que los budistas puedan estar locos por algo-. De cualquier modo estos personajes parecen estar locos de alegría.

Ésta es la única respuesta emocional -al menos como la expresa el artista- que puede hacer justicia al descubrimiento que hizo el Buda acerca de los alcances del desarrollo humano. Sin embargo, las profundas raíces del gozo expresado por estos seguidores en Wesak, no sólo se remiten al hecho de que el Buda alcanzó la Iluminación con fines personales. Más bien se trata de que abrió el camino y alumbró el sendero para que otros pudieran seguirlo después. Por lo tanto, el cómo alcanzó el Buda la Iluminación no es únicamente teórico; es también una cuestión de gran importancia práctica. El Buda no heredó la Iluminación ni nació iluminado. La alcanzó tras muchos años de esfuerzo e incluso después de cometer algunos errores. Y a través de su propio esfuerzo estableció un método por el que nosotros también podemos alcanzarla.

Nosotros tenemos acceso ahora al sendero que conduce a la Iluminación -el dharma-. Como se ha sugerido anteriormente, podemos pensar que la evolución se efectúa por medio de fases progresivas, como si se siguiera una especie de carretera con señales que marcan la distancia recorrida. De hecho, existen tres grandes fases en el sendero: la ética, la meditación y la Sabiduría. No obstante contamos con muchas otras maneras de subdividir y clasificar el camino a la iluminación. También podríamos abordarlo desde un ángulo poco usual, observando algunos datos biográficos del Buda.

Podemos interesarnos por el sendero espiritual que siguió un hombre hace dos mil quinientos años. Sin embargo será más importante contemplar el sendero que podemos seguir nosotros aquí y ahora, un sendero con el que se comprometen los budistas -las personas que establecen la Budeidad como meta última-. En otras palabras, cuando los budistas celebramos la Iluminación del Buda, nos alegramos de algo que ocurrió en el pasado, pero además utilizamos la ocasión para reflexionar sobre nuestra oportunidad presente de alcanzar la Iluminación, si es que acaso no estamos ya pensando y reflexionando en ello de una forma más persistente, más seria y más profunda.

Por lo tanto, a continuación ofreceremos un esbozo de los hechos más sobresalientes de la vida temprana del Buda y, de este modo, elaboraremos una idea general del camino que conduce a la Iluminación. Posteriormente realizaremos un examen más detallado de algunos episodios cruciales -o características de su biografía-, que son de particular importancia en nuestro proceso de desarrollo hacia la Iluminación. Existen muchos elementos notables en la vida del Buda que tienen una base histórica genuina. Sin embargo, algunas de las versiones que nos han llegado contienen material estrictamente legendario. En este caso, extraeremos el significado espiritual de ese material -la dimensión espiritual interior- basándonos en los eventos externos. Podríamos decir que, de cualquier manera, los aspectos míticos resaltan entre otras cosas el hecho de que los eventos no se refieren a la carrera espiritual de un hombre específico, sino a la carrera espiritual de todo aquél que aspira a crecer y a desarrollarse como individuo.

En muchas ocasiones se ha dicho que Sidarta Gautama nació en la India. Esto hubiera resultado cierto hace cien años. No obstante a causa de los cambios recientes en las fronteras políticas, tenemos que decir que su nacimiento ocurrió en la región sur de lo que ahora es Nepal. Nació entre la tribu de los Shakyas que, por muchos siglos, habitó esa área particular en las faldas del Himalaya. Tampoco es totalmente cierto -como se ha afirmado con frecuencia- que su padre, Suddhodana Gautama, era el rey de la tribu. Aunque es verdad que en la época en que nació Sidarta, Suddhodana tenía el título de rajá, hoy en día eso equivale a ser presidente. Al igual que otras tribus más pequeñas en el noreste de la India de entonces, los Shakyas tenían una forma de gobierno semirrepublicana, con un líder del clan electo por la asamblea para desempeñar su cargo durante doce años. En la época en que nació el Buda las pocas repúblicas existentes en la India se encontraban en pleno florecimiento. Sin embargo, para cuando él murió habían sido absorbidas por el imperio Magadhan, que iba cobrando mucha fuerza.

La madre de Sidarta, Mayadevi, era la hija del jefe de una tribu vecina, la tribu de los Kolyas. En aquel tiempo se seguía la costumbre, como todavía ocurre en muchas partes de la India, de que el primer niño debía nacer en la casa de los padres de la madre. Cuando sintió que estaba llegando la hora de dar a luz, Mayadevi se dirigió a Kapilavastu, la capital Shakya, para que la trasladasen en un palanquín hasta la ciudad donde vivían sus padres. Se encontraba a medio camino cuando, presa de los dolores del parto, descendió de la litera y, en una arboleda de un lugar llamado Lumbini, dio nacimiento al que se convertiría en el Buda. Según la tradición, ella murió siete días más tarde.

El padre de Sidarta se casó con la hermana de Mayadevi, Mahaprajapati Gautami, y ella fue quien lo educó. No hay mucho que decir en relación a la infancia del Buda -después de todo ocurrió hace más de dos mil quinientos años-. Hay un incidente particular que resalta, ocurrido cuando él tenía cinco o seis años, durante la ceremonia anual del arado. En las civilizaciones agricultoras del mundo se confería un significado mágico y mítico a la siembra de la primera semilla en la primavera. Era el rey o el jefe de esas sociedades quien iniciaba la temporada de cultivo arando la tierra por primera vez -era uno de los deberes de los antiguos emperadores chinos (y hasta muy recientemente de los emperadores japoneses) iniciar el arado cada año-. Por lo tanto ésta también era una de las responsabilidades del padre de Sidarta. Relatos posteriores cuentan que el labrado se realizaba con una reja de arado hecha de oro y arrastrada por bueyes blancos -a los cuentistas les encanta adornar el material que relatan-. Pero dejando a un lado la calidad exacta del equipo utilizado, lo que podemos asegurar es que el padre de Sidarta condujo la ceremonia y que Sidarta lo acompañaba.

El pequeño se encontraba a un lado, en una cueva, a la sombra de un árbol yambo, y fue allí donde tuvo su primera experiencia mística espontánea. Según el relato que el Buda contó a sus discípulos muchos años después, lo que experimentó debajo de ese árbol fue una

especie de estado superconsciente conocido como *dhyana*. Se encontraba tan absorto que no se dio cuenta de la ceremonia en absoluto. De hecho, se encontraba todavía inmerso en su experiencia meditativa cuando fueron por él para llevarlo a casa.

En este punto se ha disuelto una anécdota legendaria en el episodio. Ésta cuenta que a pesar de que era media mañana cuando se empezó a arar la tierra y ya de tarde cuando la ceremonia concluyó, la sombra del árbol yambo no se había movido ni un centímetro durante el transcurso de la misma. Literalmente esto representaría un milagro, pero quizás resulte más significativo si se aprecia simbólicamente. La implicación directa de este hecho es que para el joven Sidarta el tiempo se detuvo, ya que el sol permaneció inmóvil.

Más tarde, como veremos, esta experiencia -o más bien el recuerdo de la misma- tuvo una relevancia crucial en la dirección que seguiría su carrera espiritual. Si dejamos esto de lado por un momento, sabemos que la casta a la que pertenecía la tribu de Sidarta era la casta Kshatriya; había él nacido por lo tanto en una tribu de guerreros. Las otras castas eran las de los Brahmins -sacerdotes-, Vaishyas -comerciantes o granjeros- y Shudras -peones-. Todas éstas todavía existen aunque han sido subdivididas en más de dos mil subcastas.

El que se convertiría en el Buda no pasó sus años de formación estudiando filosofía ni realizando prácticas religiosas, sino que fue educado en los campos de entrenamiento, convirtiéndose en un experto en el tiro con arco y con lanza, en el manejo de la espada y en la conducción de carros de guerra. Estos antecedentes propios de un patricio le brindaron el mejor tipo de entrenamiento marcial que existía en su época. Además, recibió instrucción sobre las diversas tradiciones, costumbres, creencias y supersticiones de la tribu, sobre su historia y su genealogía. Toda la enseñanza que obtuvo fue por medio de una tradición oral impartida por los ancianos de la tribu. De hecho, no se sabe con exactitud si acaso el Buda aprendió a leer y a escribir. Él era un hombre culto y bien educado aunque jamás fue a la escuela. En general, se puede decir que gozó de una vida cómoda y agradable, sin ninguna responsabilidad extraordinaria y que su padre lo adoraba.

Sin embargo, la infancia de Sidarta no fue tan simple como parece. Al nacer su padre lo llevó con un rishi -el sabio Ashita para que éste elaborara su horóscopo. Es ésta una costumbre común en la India. No hay nadie -ni siquiera entre la élite occidentalizada- que no siga esta práctica tras el nacimiento de sus hijos, especialmente si éstos son varones. Los padres quieren saber qué les ocurrirá a sus hijos y qué carrera seguirán, y para resolver el enigma acuden a un astrólogo. No conocemos exactamente el procedimiento que se siguió para hacer el horóscopo de Sidarta. No obstante sabemos que Ashita efectuó los cálculos necesarios; predijo que el niño tendría un futuro notable: Sidarta sería un gran kshatriya -un gran guerrero- o lo abandonaría todo para convertirse en un gran maestro espiritual.

Suddhodana se quedó muy preocupado por este pronóstico. Le agradaba la idea de que su hijo llegara a ser un conquistador ilustre, pero sentía repugnancia al pensar que Sidarta decidiría retirarse del mundo para emplear su talento en una búsqueda espiritual. A medida que crecía Sidarta, Suddhodana se preocupaba más, pensando: "Quiero que crezca pareciéndose a mí, quiero que sea lo suficientemente fuerte y valiente para ser capaz de extender el territorio de nuestra tribu. Si el rishi tenía razón, puede llegar a convertirse en el conquistador de toda la India. No debo permitirle que desperdicie su tiempo en tonterías religiosas. Por lo tanto, no dejaré que piense con mucha profundidad sobre ningún tema ni permitiré que se enterara de los hechos desagradables de la vida, al menos por el momento. Ha de ser enseñado a querer las cosas mundanas."

De esta manera, Suddhodana estaba decidido a que nada hiciera falta a su joven príncipe y a que todo lo que aprendiera tuviera el fin de disfrutar los placeres de los sentidos al máximo. Más tarde el Buda relató, en uno de sus discursos autobiográficos, cómo su padre le había proporcionado tres hermosas mansiones, una para cada estación del año, de modo que no padeciera las incomodidades del frío, el calor o la lluvia. Además describía cómo estas mansiones estaban llenas de atractivas bailarinas y hechiceras cantadoras, y cómo pasaba sus días y sus noches bebiendo, bailando y cantando: un placer era seguido de otro sin ningún espacio en el que pudiera sentirse triste.

A los dieciséis años lo casaron con su prima Yashodhara. En la India, incluso en la actualidad, los matrimonios son establecidos por las familias de los novios más que por ellos mismos. Sidarta era suficientemente feliz y lo fue durante muchos años. Sin embargo, parece que en el fondo sentía una gran insatisfacción con la vida que llevaba. Su impaciencia crecía día a día. Cuando recibió la noticia de que su esposa había tenido un varón, su respuesta no fue la de un padre orgulloso. Al preguntársele como lo llamaría, respondió: "Se me ha interpuesto un obstáculo y por lo tanto debe llamarse Rahula." Cabe aclarar que Rahula significa "obstáculo". Esto deja entrever que durante toda su vida Sidarta sintió que su padre había intentado atarlo a los placeres, a sus propiedades, al poder, a su familia, a su esposa y a su hijo. Sidarta era una persona muy inteligente y se daba cuenta de todo esto. En tanto que su insatisfacción crecía, empezó a descuidar sus ejercicios marciales y perdió interés por las diversiones y distracciones de sus palacios. La vida doméstica no le producía gozo alguno.

Cada vez pasaba periodos más largos a solas pensando y hubo un momento en que atravesó por una especie de crisis espiritual -aunque ésta no es la manera en que se explica en las escrituras-. En términos psicológicos y espirituales, este punto decisivo es conocido ampliamente en todos los círculos budistas por medio de la dramática narración de las Cuatro Escenas. Es imposible saber si esto es leyenda -la proyección externa de una experiencia que surge de un cuestionamiento interior intenso- o si sucedió tal y como lo describe la historia. De lo que podemos estar seguros es de que las Cuatro Escenas cristalizan de una forma poderosa algunas de las enseñanzas fundamentales del budismo, enmarcando el temprano desarrollo espiritual del Buda.

El relato cuenta que en una mañana soleada Sidarta ordenó a su auriga que preparase los caballos para dar un paseo. "Vayamos a ver qué hay en el mundo y lo que la gente hace", le dijo. El auriga sacudió la cabeza exclamando: "Me temo que no podemos hacer eso, ya que no estoy autorizado para llevarlo fuera del palacio. Usted sabe que el rey insiste en que no debe mezclarse con el resto de la gente." Sin embargo el joven príncipe le respondió: "No te preocupes por mi padre. Si el rey tiene algo que decir, pídele que me lo diga a mí." Entonces engancharon los caballos al carro y se dispusieron a salir. Condujeron alrededor del pueblo y Sidarta vio que la vida transcurría de la manera esperada hasta que su atención fue atrapada por la escena de un anciano.

De forma tradicional, la historia describe la apariencia del anciano: un hombre débil, acabado, con una joroba en la espalda, con un cuerpo tan delgado que se le notaban los huesos y que se movía dando pasos cortos ayudado por su bastón; tenía una barba larga blanca y los ojos llorosos. Para los occidentales esto puede sonar un poco exagerado, pero en la India no lo es. Allí la gente envejece de una forma muy evidente debido al clima y a las duras condiciones de la vida. A los cincuenta o sesenta años los hindúes tienen una apariencia bastante avejentada. Debemos recordar que, según la leyenda, Suddhodana había apartado a Sidarta de forma deliberada de cualquier cosa que pudiera resultarle desagradable, incluida, por supuesto, la vejez. Entonces, cuando Sidarta vio al anciano de inmediato preguntó de qué se trataba.

El auriga pensó: "Pues tiene que saberlo tarde o temprano", y le contestó que era un anciano. Sidarta se apresuró a preguntar: "¿Por qué tiene ese aspecto? ¿Por qué se le notan los huesos? ¿Por qué tiene los ojos llorosos?" El auriga no estaba acostumbrado a que un adulto le hiciera ese tipo de preguntas y simplemente le dijo: "Es un hombre viejo." Obviamente Sidarta no se sintió satisfecho con esa respuesta y prosiguió inquiriendo: "¿Cómo es que ha llegado a ese estado?" El cochero le dijo que la gente envejecía sin tener que esforzarse o hacer nada en particular, que era algo natural. El joven príncipe se estremeció al escuchar eso y le preguntó si toda la gente envejecía. El auriga le dijo que sí. Entonces Sidarta continuó: "¿También yo envejeceré?" Su sirviente asintió, añadiendo: "Su padre el rey, su madre la reina, su esposa, usted y yo; todos envejeceremos. "

Se dice que Sidarta recibió las noticias como un elefante que es azotado por un rayo y empezó a sudar fríamente por la conmoción. "¿De qué sirve ser joven -se lamentó-, tener vitalidad y fuerza si todos terminaremos tan frágiles?" Su corazón estaba abatido. "Es suficiente por el día de hoy, vámonos a casa", suspiró. En el camino de vuelta al palacio reflexionó sobre lo que había aprendido durante ese paseo.

Ésta es la leyenda de la Primera Escena. Quizás no era la primera vez que Sidarta veía a un anciano. Sin embargo no cabe duda de cuál es el significado real del suceso. Y si realmente ya había visto a muchos ancianos, en cierta manera había algo que no había notado. Puede que ese día viera al anciano como si se tratara de la primera vez. Esto ocurre a menudo. Observamos algo, quizás algo que pasa por nuestra vista todos los días -de la misma manera que vemos la puesta del sol-; sin embargo realmente no lo vemos porque no nos damos cuenta y no nos paramos a pensar en ello. Vemos sin mirar, andamos a ciegas. Podríamos trabajar en un asilo de ancianos sin darnos cuenta de la vejez con profundidad. Posteriormente, cuando desarrollamos un mayor nivel de conciencia y de claridad percibimos que aparecen cosas con una nueva luz, dejándonos la impresión de que nunca las habíamos visto antes. Sidarta se percató de la vejez por primera vez en su vida de una forma auténtica y de que la juventud era pasajera aun para él.

En medio de la conmoción que le había causado su nueva experiencia, Sidarta volvió a dar otro paseo unos días más tarde y otra vez vio algo que nunca había presenciado antes: un hombre enfermo. Éste se encontraba acostado en la calle, tenía fiebre y se movía bruscamente de un lado hacia otro. Una vez más Sidarta le pidió a su auriga que le explicase qué le sucedía a ese hombre: "¿Por qué tiembla de esa manera? ¿Por qué está acostado en el suelo? ¿Por qué se mueve tan bruscamente? ¿Por qué dan vueltas sus ojos de esa forma tan violenta? ¿Por qué está tan pálido?" Estaba claro que el cochero tenía que contarle la verdad: "Pues se encuentra enfermo, eso es lo que le sucede." Y Sidarta, quien parecía que había gozado de una gran salud durante toda su vida, quería saber si a él también podía sucederle lo mismo. El auriga le respondió: "Todas las personas son propensas a enfermarse y puede sucederles en cualquier momento. Todos podemos perder la fuerza y la salud de repente y entonces caemos enfermos." Otra vez Sidarta mantuvo su mente ocupada con todo esto de camino al palacio.

Unos días después salieron a dar otro paseo y en esta ocasión vio a cuatro hombres cargando una especie de camilla sobre sus hombros. Sobre ésta se encontraba una persona envuelta en una sábana amarilla con la cara descubierta. Todo le pareció muy peculiar, ya que el cuerpo se encontraba inmóvil por completo y con los ojos cerrados.

En la India es posible encontrar una escena de este tipo cualquier día de la semana. Un funeral hindú es muy diferente al occidental. Aquí cuando morimos nos esconden en una caja; se deshacen de nosotros como si fuéramos basura que nadie quiere. Nos relegan al incinerador o a un agujero que luego cubren. Pero en la India no ocurre así. Allí se recuesta al

muerto en la mejor habitación de la casa; todos los amigos y parientes de éste van a visitarlo y es común escuchar: "Parece muy feliz y apacible. Pues adiós, mi viejo amigo." Entonces lloran moderadamente y arrojan flores sobre el cadáver. Posteriormente lo ponen en una camilla y cuatro hombres fuertes lo pasean por el pueblo con la cara descubierta. El cadáver transita las calles mientras que algunas personas lo siguen en medio del calor. La gente lo observa y dice: "Mira es fulano de tal, no sabía que había muerto."

La procesión que presencié Sidarta era como ésta y exclamó: "¡Qué extraño es eso! ¿Por qué lo llevan cargado de esa manera? ¿Qué hacen?" El cochero respondió como las otras veces: "Pues se trata de un hombre muerto." Tenemos que recordar, claro está, que la muerte era uno de esos asuntos que habían ocultado a Sidarta y que por lo tanto estaba desconcertado por lo que escuchaba. Entonces insistió: "¿Muerto, qué quieres decir con eso?" El auriga añadió: "Como puede ver, se encuentra inmóvil, sin vida. Está muerto. Lo llevan a la pira funeral, donde quemaran su cuerpo, que es lo que hacen con los nuestros después de la muerte." Sidarta estaba horrorizado y con la voz entrecortada inquirió: "¿Nos pasará eso a todos? ¿Todo el mundo sufrirá la muerte, como tú la llamas? ¿Acaso moriré yo también?" El cochero suspiró diciendo: "Sí; su padre, su madre, su esposa y su hijo; todos ustedes morirán un día. Todos los que nacen tienen que morir. Han existido millones de hombres y mujeres desde el comienzo del mundo y todos han muerto. Nadie ha podido escapar a la fría mano de la muerte. Es implacable; es como el rey de todos." Más triste, más angustiado y más pensativo que las veces anteriores, Sidarta ordenó al cochero que lo llevara de regreso al palacio.

En esos tres paseos Sidarta se encontró con lo que en la actualidad llamaríamos "situaciones existenciales ineludibles": hechos de la existencia de los que no podemos escapar. No queremos envejecer, pero no podemos evitarlo. No queremos enfermarnos, pero a veces nos enfermamos. No queremos morir, pero querámoslo o no, moriremos. Y entonces empezamos a pensar: "¿Por qué tiene que ser así? Quiero vivir para siempre, ser joven y saludable, pero no es posible. ¿Por qué se me ha otorgado este impulso para vivir si no se me da también la más remota oportunidad de escapar de la muerte? Es un misterio. ¿Pero por qué se me presenta a mí este misterio? ¿Es acaso Dios el responsable de esto? ¿O el destino? ¿O simplemente así son las cosas sin más ni más? ¿Existe alguna explicación para todo esto?"

Sidarta se encontraba bastante preocupado por preguntas fundamentales acerca de la vida y de la muerte tras las últimas experiencias que había tenido. No obstante decidió ir a dar otro paseo con su auriga, y en esta ocasión vio a un hombre que tenía una apariencia diferente y poco común: llevaba unos hábitos amarillos y además tenía la cabeza afeitada. Ese hombre caminaba de una manera calmada y tranquila por las calles del pueblo, tocando la puerta de cada casa por la que pasaba, solicitando comida para ponerla en su tazón de mendicante. A Sidarta le llamó la atención su paso tan sereno y compuesto y esto lo llevó a preguntar a su cochero: "¿Qué le ocurre a este hombre que parece tan tranquilo, en paz consigo mismo y con el mundo?" El auriga le respondió: "Es alguien que ha ido hacia adelante." "¿Cómo que hacia adelante?", insistió el joven príncipe. Su ayudante procedió a explicarle que era alguien que había dejado tras de sí la vida mundana y a su familia. Era alguien que había desechado todo tipo de ataduras terrenales, todo tipo de responsabilidades domésticas y de obligaciones sociales y políticas.

Es posible encontrar incluso en la India actual personas como ésta, que llevan hábitos azafrán. Se les llama sadhús, que significa simplemente "gente buena"; y se considera que es muy meritorio ayudarlas dándoles comida. La gente no sólo lo hace sino que los invita a pasar a su casa y los cuida. Este tipo de sistema sigue existiendo aun dos mil quinientos años después. Pues bien, ésta fue la escena que presencié Sidarta y la que le inspiró a ir hacia adelante. A esas alturas tenía bien claro cuáles eran las limitaciones últimas e inaceptables de la vida humana y le resultaba imposible ignorarlas o dejarlas a un lado para continuar con su

vida como si nada hubiese cambiado. No obstante, en términos generales podemos decir que es posible ignorarlas. Y a pesar de ello están allí todo el tiempo y Sidarta lo sabía. Tras reflexionar por un largo rato decidió que no le quedaba más que convertirse en sadhú. Sentía que sus preguntas tenían que ser respondidas y que no podía descansar hasta que quedaran contestadas.

Una noche de luna llena, cuando todo se encontraba en calma, Sidarta dijo adiós a su esposa y a su hijo mientras dormían. No se sentía contento al dejarlos pero no tenía alternativa. No había comunicado a nadie su decisión excepto a su fiel auriga, quien había ensillado el caballo que utilizaría para alejarse del palacio. Se cuenta que el cochero se asió de la cola del caballo y que iba corriendo detrás, al trote del animal, acompañándolo hasta el río que marcaba la frontera del territorio Shakya. Una vez allí, Sidarta se cortó la barba y su largo cabello negro. Mientras amanecía pasó un pordiosero al que Sidarta propuso intercambiar sus atuendos. El mendigo no dudó en aceptar la oferta, a pesar de la excentricidad de la misma. Tras haber realizado el cambio, se alejó el pordiosero lleno de gusto, vistiendo el elegante atuendo del príncipe, con botones y hebillas de oro y plata que lucían y brillaban con el reflejo de los rayos del sol. Sidarta se despidió de su fiel auriga y de su caballo y los vio marcharse. Acto seguido se lanzó a las profundidades de la selva completamente solo.

Iba en busca de los maestros conocedores del misterio último de la existencia. En aquellos días en la India, al igual que en la actualidad, eran muchos los que iluminaban el camino de la verdad. Sidarta fue de maestro en maestro y practicó de acuerdo con sus instrucciones, perfeccionando las enseñanzas que recibía. Pero a pesar de todo no estaba satisfecho. Aun conociendo lo buenas y profundas que eran las enseñanzas, él sabía que había algo más allá de todo ese conocimiento, algo que alcanzaba un nivel superior al que tenían sus maestros. No sabía de qué se trataba exactamente, pero estaba convencido de que tenía que encontrarlo y conocerlo, de que debía continuar con su búsqueda.

Sentía gratitud por todo lo que había aprendido, pero necesitaba seguir adelante. Lo siguiente que hizo fue formular un programa de terribles austeridades que se aplicaría de forma estricta. Ésta era y sigue siendo una práctica común en la India -se cree que cuanto más delgado es el velo de la carne más transparente es la luz del espíritu-. Durante años Sidarta se mortificó y nadie era capaz de superar la cantidad de torturas que se imponía. Se dice que la fama de sus austeridades se extendió tan rápidamente como el sonido de una campana colgada del dosel del cielo. Dicha fama le hizo ganar muchos adeptos. Al final, no obstante, pasó algo que lo condujo a preguntarse si realmente iba en la dirección acertada: un día, mientras iba caminando, se desmayó y se cayó a un río. Se encontraba tan débil que hubiera muerto de no ser porque tuvo la fortuna de que otros lo rescataron. Tras recuperarse pensó: "Esto es ridículo. No me estoy acercando a la verdad por medio de este ascetismo. ¡Qué pérdida de tiempo tan tonta! He cometido un grave error y debo corregirlo!"

De esta manera, Sidarta Gautama, el gran asceta, empezó a cuidarse y a alimentarse con normalidad. Sus cinco discípulos se sintieron muy decepcionados. Resulta curioso destacar que ellos no eran realmente sus discípulos sino sus admiradores. Dependían de él para sentirse motivados y para esforzarse. Se mantenían a su lado con la esperanza de que sus logros los contagiarían. Pensaban que cuando él alcanzara la meta gracias a sus autoimpuestas austeridades, ellos serían los primeros en beneficiarse. Obviamente sufrieron una gran decepción cuando él decidió dar a su cuerpo el alimento que necesitaba. "Está volviendo a las andadas, está regresando a los lujos mundanos -se decían entre ellos- y realmente no es el hombre que pensábamos." Lo abandonaron llenos de disgusto. Una vez más Sidarta se encontraba solo.

Tuvieron que pasar seis años desde que dejó el palacio para que llegara al lugar que representaría el final de su búsqueda. Hay un punto en el actual estado de Bihar llamado Uruvela -ahora conocido como Bodh Gaya- en donde Sidarta encontró un grupo de hermosos árboles junto a un río. Parecía un sitio ideal para detenerse a meditar. Corría una suave brisa y decidió sentarse en la sombra. Mientras se preparaba para hacerla recordó algo que, súbitamente, le mostraba la dirección a seguir. Se acordó de lo que experimentara treinta años atrás, cuando se había sentado a la sombra de otro árbol mientras su padre participaba en la ceremonia del arado. Lleno de gozo y de esperanza, entró paulatinamente en un estado de concentración similar al de aquel importante día de su infancia. Sabía que no había necesidad de forzarlo y que tan sólo tenía que dejarse llevar de una manera suave, alejando cualquier distracción. En el transcurso de estos hechos, la mujer de un pastor del pueblo vecino le llevo arroz; él lo tomó y usó como alimento para fortalecer su cuerpo. Asimismo, un granjero se le acercó para darle un mantoncito de hierba con la que podía formar un asiento. Se sentó entonces cómodamente y penetró en un estado meditativo más profundo, pasando por muchos niveles de estados superconscientes.

No se sabe cuánto tiempo permaneció sentado meditando _ pudo haber estado varios días, semanas o incluso meses-. Lo único que se sabe es que la noche de Vaishakha Purnima llegó a la solución del problema que había ocupado su mente durante mucho tiempo desde que presenciara las Cuatro Escenas. No sólo alcanzó la solución sino que además entendió sus diferentes matices, logrando una comprensión muy profunda de su existencia. Alcanzó la Iluminación plena y despertó a la verdad.

Algunos textos tempranos nos dan la idea del contenido de su experiencia, pero de ninguna manera se trata de algo fácil de explicar. La Iluminación es inefable de forma inherente -no es algo que la mente racional pueda entender-. No obstante, para empezar podemos decir que es un estado de conciencia pura, clara y radiante. Algunas veces se especifica que en este estado de conciencia no es posible hacer una distinción emocional entre el yo y los demás. Es un estado en el que se trascienden los límites del mundo interior y del mundo exterior. Sólo existe una conciencia continua, pura y homogénea de las cosas como realmente son, es decir, una conciencia en la que las cosas dejan de ser objetos, trascendiéndose de este modo la dualidad sujeto-objeto. Por lo tanto, esta conciencia pura y clara a veces es denominada "conciencia de la Realidad". Es un estado de conocimiento. Cabe aclarar que no es un conocimiento en el sentido vulgar del término, que acumular ciertas nociones. Más bien se refiere al estado en que se percibe de una forma directa y verdadera, sin la mediación del sujeto que realiza la acción. Es una visión espiritual, incluso una Visión que se encuentra libre de toda ignorancia, de toda idea errónea, de cualquier tipo de pensamiento equivocado, de toda vaguedad, de todo condicionamiento y de todo prejuicio.

Sin embargo esto no termina aquí. La Iluminación puede ser descrita como una luminosidad total, una conciencia trascendental y una sabiduría absoluta. Y es además el desbordamiento de un amor profundo y de una compasión por todo aquello que tiene vida. Es descrita también como un gozo supremo o una emancipación total -el gozo de liberarse de los males de la subjetividad y de las limitaciones de la existencia condicionada-. Está por lo tanto caracterizada por una energía inagotable que se encuentra continuamente burbujeando, por una espontaneidad total y por una creatividad ininterrumpida. Al mismo tiempo, ninguno de estos aspectos de la Iluminación funciona de forma separada. Es por ello que no puede describirse la experiencia real. Sólo podemos llegar a alcanzar una indicación real acerca de lo que es la Iluminación de un Buda por medio del reflejo del dharma -el reflejo de las enseñanzas del Buda y su ejemplo-, por medio de una comunicación profunda con nuestros amigos y, sobre todo, por medio de la meditación.

Los relatos tradicionales afirman que la Iluminación del Buda sucedió de un modo

paulatino, mientras se desvanecía la luna llena de la noche de Wesak. Según una narración particular, durante la primera parte de la noche el Buda miró el pasado, el oscuro pasado y el abismo del tiempo. Miró atrás percatándose de todo el curso de la historia humana, a través de sus millones de años de evolución. Se dice que fue capaz de explorar todas sus vidas anteriores y de ver lo que había hecho, así como los resultados que había conseguido en cada una de éstas. Distinguió las condiciones que había establecido y los frutos obtenidos. Se dio cuenta de que lo había hecho todo y de que todo lo había terminado: había trascendido por completo el proceso de la existencia condicionada.

Durante la segunda fase de la noche miró a su alrededor -alrededor del universo- y vio seres de todos tipos -seres humanos, animales, incluso seres en planos superiores-. Vio como cada uno de estos seres llegaba a convertirse en lo que era dependiendo de sus acciones. En otras palabras, vio como los seres renacían de acuerdo a su karma. Se dio cuenta de que esto sucedía en cada nivel: desde el abismo más profundo de la esfera de los infiernos hasta la más elevada esfera de los dioses.

Finalmente, en la tercera fase de la noche, dirigió su mente hacia la destrucción de los asravas -que se traducen de forma literal como "prejuicios"-. Los asravas son los prejuicios naturales de la mente, las tendencias del pensamiento que se encuentran más profundamente arraigadas a la existencia condicionada que a lo que no es condicionado, a lo irreal más que a la Realidad. Hay tres asravas: los prejuicios o inclinaciones de la mente para con la experiencia de los sentidos; respecto de la existencia como algo separado -respecto de una personalidad ego centrista-; y los prejuicios en relación a la ignorancia espiritual -la ignorancia de la Realidad-. Inmerso en la pureza de su concentración ocupó su mente en la eliminación de los asravas y, por la mañana, al alba del nuevo día, supo que había destruido los asravas por completo y que había alcanzado la Iluminación. Sidarta Gautama se había convertido en el Buda.